

HISPANOAMERICA Y LA ALIANZA PARA EL PROGRESO

Llega la hora de presentar una Hispanoamérica que puede resultarnos un tanto diferente de la imagen que de ella tenemos acuñada. Sin embargo, esta Hispanoamérica es también una concepción lógica y muchas de las realizaciones políticas del momento internacional se forjan sobre ella. Analicemos la imagen que de este continente tienen otras mentalidades, no con el ánimo de rectificar totalmente nuestras ideas, sino el de completarlas con la interpretación que otros hombres realizan sobre una tierra y un pueblo que nos es tan querido.

Estamos acostumbrados a hablar de Hispanoamérica como una realidad única o a desmembrarla en los países que la componen para un estudio ya particularizado; sin embargo, son varios los estudiosos sajones que dividen la América española de la América portuguesa, y a su vez separan a Haití por su lengua, cultura y hasta pigmentación. No falta un autor que menciona al problema sociológico de las castas en ese país (1), y en el mismo sentido Lewis Hanke dice: «Haití se ha convertido en una de las naciones más aisladas del Nuevo Mundo. Los haitianos que hablan francés mantienen relaciones culturales con Francia, gracias a su tradicional tolerancia racial... La mayoría de la población densamente apretada, de más de tres millones de habitantes, se encuentra además aislada por el sistema nacional de castas, ya que carece de unión eficaz con su propia selección intelectual y social»; de Brasil se ha dicho: «La cultura nacional del Brasil se distingue claramente de la de los demás países latinoamericanos; por ejemplo, de la cultura hispanoindia de Bolivia, Perú y Ecuador, y de la cultura hispanoeuropea de la Argentina, Uruguay y Chile... una manera diferente de contemplar la vida y una manera distinta de mirar al mundo... Las tentativas que se han hecho para

(1) JAMES G. LEYBURN: *The Haitian People*. New Haven Yale University Press.

describir a la América latina como una unidad han empleado todas, con notable frecuencia, la expresión «exceptuando al Brasil» (2).

Este continente en alta tensión que puede ser analizado como un todo en muy amplia síntesis, sufre una serie de problemas similares y goza de orgullos regionales que considera muy legítimos, los cuales habrá que tener en cuenta para cualquier acción que se planee sobre este territorio.

Hispanoamérica está orgullosa de sus creaciones en Derecho internacional; posee instituciones propias y una característica especial en sus relaciones exteriores. Tiene grande aprecio a construcciones como el «derecho de asilo» por el cuál se ha protegido seguramente a algún criminal común, pero por otra parte funciona como seguro dispositivo para evitar que la sola oposición política se considere delictuosa.

Hispanoamérica recuerda orgullosamente que fué en Méjico, siete años antes de la Revolución rusa donde se planteó la llamada cuestión agraria, volviendo en los tiempos contemporáneos a colocar en el tapete un problema milenario si se quiere, pero que había dormido demasido tiempo en el XVIII y XIX.

Son muchos los americanos que tienen un recuerdo especial por los movimientos revolucionarios que, iniciados en Filadelfia en 1776 conmocionaron toda América: Buenos Aires, en el 1810; Caracas, en el 1811, etc.; separándose de lo que consideraban despotismos para moverse en una esfera que se les antojaba en algún sentido más libre; quienes así piensan, entienden que los pueblos americanos son acreedores no sólo de este sentido político de la libertad, sino que además ellos se unifican en naciones antes que los pueblos europeos.

La búsqueda de la dignidad y de la libertad del hombre es un tema centenario en América cualquiera que sea la situación política por la que atraviesa (desde las más duras dictaduras hasta las democracias de todas facetas); no se puede negar que ha habido de parte de muchos probos americanos una constante en este sentido; llevados inconscientemente por la voz del mejicano Benito Juárez cuando profetizaba que «la democracia es el destino de la humanidad futura».

Sobre los pueblos en ebullición de América sigue teniendo adeptos aquel sentimiento de Bolívar deseando ver a América convertida en la más grande región del mundo «la más grande no tanto por su extensión y riqueza como por su libertad y gloria».

Incluso muchos pueblos americanos tienen gran veneración por sus rea-

(2) CHARLES WAGLEY: *Brazil in Most of the world*. Ed. por Ralph Linton, New York, Columbia University Press, 1949.

lizaciones precolombianas. Las civilizaciones mayas, incas y aztecas fueron esquemas evolucionados donde existían desde ciudades capitales, a sistemas de comunicaciones, vida religiosa, una organización eclesial, un sistema impositivo, un régimen de trabajo, etc., y es Arnold Toynbee quien nos recuerda que no hay motivos para considerar a nuestra sociedad occidental actual más segura contra la muerte, que las civilizaciones mayas, aztecas, hititas o sumerios estuvieron en su momento. Renació en la actualidad el arte en Méjico a la luz de la contemplación azteca y niega aún este país un lugar para el monumento a Hernán Cortés; Neruda en el otro extremo de América dice: «Antes de la peluca y la casaca fueron los ríos, ríos arteriales».

El concepto del mestizaje, tanto cultural como étnico, que nosotros normalmente reservamos para la inyección española o ibérica sobre las razas indias, tiene una mayor dimensión. Brasil solamente recibe entre los años 1890 a 1937 unos cuatro millones de inmigrantes, por lo que se puede decir que en esta última fecha una quinta parte de su población de cuarenta millones estaba formada por italianos, portugueses, alemanes, españoles, sirios, japoneses, polacos y otras sangres extranjeras, y entre sus primeros políticos republicanos ya figuraba un hijo de alemán, Lauro Müller y David Campista, hijo de judíos alemanes, que no tuvieron inconvenientes políticos por su ascendencia; la Argentina ha recibido una muy notable inmigración italiana, que se ha infiltrado en todos los órdenes, configurando una colectividad muy numerosa, este país se encuentra también ligado a Alemania e Inglaterra y la influencia cultural francesa es pronunciada. Los americanos entienden que esta mezcla enriquece las posibilidades de completarse culturalmente, recibiendo una variedad de aportes que aprovecha y transforma, sin limitarse a la sola copia servil de lo extranjero.

En lo político sigue existiendo un fuerte nacionalismo cerrado xenófobo y en posición más equilibrada, numerosos americanos se mantienen fieles a Rubén Darío en su canto a Roosevelt y a West Indies de Nicolás Guillén (un antiyankismo hispanófilo y otro comunista); pero también recordamos la colaboración del Obispo de Talca, Monseñor Manuel Larrain en la *Revista Javeriana* (3) en la que dedica una sección especial a la colaboración que debe existir con los Estados Unidos, donde puntualiza: en el punto d), «un sentimiento de desconfianza por nuestra parte hacia los Estados Unidos, es erróneo, desventajoso y anticristiano»; en el punto g), «cualquier acción internacional proyectada por la acción católica latino americana deberá también tomar en consideración la Iglesia de los Estados Unidos», y en el punto h), «la mayoría de los prejuicios pueden evitarse y deberá hacerse un mutuo es-

(3) XLVII de junio de 1957, ed. en Bogotá, número 235, págs. 251-264.

fuerzo de comprensión, olvidando los hechos pasados y mediante clara introspección histórica, y sobre todo introspección de la Iglesia, el catolicismo de la América latina llegará a una comunión más íntima con el de los Estados Unidos. Cada uno puede hacer grandes beneficios al otro. Ambos pueden beneficiarse y, sobre todo, la Iglesia se beneficiará también.»

No quiero que de estos datos se desprenda un sentimiento de disminución de lo hispánico. América debe su existencia a España y allí nace todo lo demás. Pero si he dejado momentáneamente de lado la presencia española en América se debe a que considero muy abundante la bibliografía, y muy selecta. Prefiero iluminar una faceta que no me parece suficientemente conocida. Decía en los primeros párrafos que la política necesita y se nutre de la visión real de su campo operativo, y sin lugar dudas que en esta visión real se hallan los ingredientes que he mencionado.

No desconozco la acción nefasta de los consorcios americanos en las economías de Hispanoamérica, lo que alguien ha llamado los Frankenstein Bussines; la diplomacia del dólar o del garrote; tengo muy presente esos errores y otros más recientes. El Presidente Kennedy en su discurso al Cuerpo diplomático hispanoamericano ha dicho: «Como ciudadano de los Estados Unidos permitidme que sea el primero en conocer que los norteamericanos no hemos captado siempre el significado de la misión común» a una verdad tan evidente y tan conocida, por aquello de nobleza obliga o por puro amor a la justicia, debemos contestarla reconociendo que tampoco Hispanoamérica captó siempre ese significado ni mantuvo recto el timón sólo desviado por el yanki. Creo verdaderamente que los pueblos hispanoamericanos le han echado la culpa de su estado social a todo lo conocido, desde el pasado ancestral a la dominación española, a la Revolución francesa, a la prepotencia norteamericana, al comunismo, a la Iglesia, a la oligarquía, al pueblo, a la masonería, al judaísmo internacional, a las Naciones Unidas y a varias cosas que olvido; pero es la hora que demostrando adultés, sin ignorar la acción externa que aprovecha, como era de esperar, una situación que le favorecería, carguemos honradamente nuestra gran porción de culpa. Culpa propia, no transferible ni ocultable por pudores que sólo pueden nacer de infantilismo o de un enfermizo deseo de autojustificarse.

Por este motivo quisiera establecer en este artículo unos puntos de reflexión sobre problemas americanos que han dormido la siesta colonial hasta el presente y que pueden seguir en un estado de somnolencia, que ojalá fuese puro sueño pero que bien puede ser presagio de tormenta.

Los problemas que mencionaré no constituyen una relación completa y exhaustiva sino los puntos probablemente más agudos y que requieren una atención inmediata. Nuestra América, una y varia, nuestra diferenciación geo-

gráfica, cultural, económica, etc., prácticamente desaparece en este caso para demostrar unos males que nos son comunes en la enunciación aunque diferente en los matices. Esta igualdad nace de varias causas y entre ellas no es la menor el que Hispanoamérica se debata en la zona del subdesarrollo desde los países próximos al punto del impacto; en el lenguaje de Rostow hasta el pauperismo crónico de otros.

El análisis de estos problemas nos revela un mundo que necesita urgentemente una acción común para salir adelante. No bastará ya la sola buena intención de un Gobierno, ni la aglutinación de un pueblo en un amplio plan nacional. Es preciso que por la hondura de los mismos y por su extensión geográfica se encare una acción continental.

Hispanoamérica no se encuentra ajena a ideas continentales. Hay una vieja aspiración en ese sentido y un deseo vehemente de realizarlo. Pero en estos casos no alcanzan solamente los deseos ni los profetas. Se requiere además contar con una economía capaz de soportar una tarea de tal envergadura. Nos encontramos con la urgencia de desarrollar un plan de educación que alcance a unos 54 millones de analfabetos adultos. La mayor parte de ellos, como es lógico, se encuentran en naciones subdesarrolladas, las cuales no pueden responder a los gastos de tal plan. Por otra parte, los organismos internacionales de la materia no pueden hacerse cargo exclusivamente de tal situación, a la par que, como bien lo ha experimentado la U. N. E. S. C. O., los planes, por razones de eficacia, deben limitarse a ayudar para que se ayuden; sin realizar totalmente desde el exterior una labor que deben encarar los propios países. Tampoco cuenta el mundo hispanoamericano con posibilidades de costear todos los planes que son necesarios, sino que difícilmente puede financiar uno solo de ellos. Existen sólo dos posibilidades para realizarlos. O entregamos el desarrollo de América a la Unión Soviética para que lo finacie o buscamos la financiación norteamericana.

La posibilidad de la acción de la Unión Soviética es sólo un problema teórico, porque las fuertes naciones de Occidente no consentirían la entrega total, mejor dicho, la venta de América al bloque comunista, en el supuesto caso de que los pueblos americanos quisiesen venderse. Problema tan improbable que no merece analizarlo. Pero en cambio es mucho más factible el otro supuesto, como que existe en marcha el plan Alianza para el Progreso que contempla exactamente esa posibilidad.

Es evidente que de llevarse adelante este plan sólo se abrirían las puertas para el imperialismo yanqui, ahora más que nunca, ya que el Presidente Kennedy ha formado su *trust* de cerebros con banqueros, millonarios y hombres de actuación en las Compañías capitalistas por excelencia. Este es el razonamiento de Radio Moscú que puede escucharse diariamente, y que estampan

las publicaciones comunistas de Europa y América, como también es la creencia de muchas personas de conocimientos y buena fe cuando meditan sobre esta cuestión. Parece ser que el destino de América quedará para siempre truncado y que todo su porvenir radique en venderse a los yanquis o a los rusos, siguiendo este argumento.

Pretenderé desmontar esta visión tan pesimista del futuro americano. No por lo que tenga de poco agradable, sino porque entiendo que tal perspectiva es cambiabile y que puede realizarse otro tipo de razonamientos.

Probablemente si se unificara la banca europea con intereses en América, podría aportar lo necesario; pero ellos no dejan de apreciar otras partes de la tierra donde pueden hacerse buenas inversiones. Africa es un continente más a mano que América para Europa. A pesar de los continuos estudios financieros que se realizan en Europa, no se vé un plan totalizador y de envergadura para inversiones americanas. No queda otra posibilidad que el capital norteamericano. Pero el aceptar dicho capital no supone necesariamente la entrega en cuerpo y alma a los Estados Unidos. El alcance de su influencia extraeconómica dependerá de la madurez ideológica y política de los Estados hispanoamericanos. Recibiendo algo que les es imprescindible, hacerse un lugar en las tareas que se realizarán. Cuando se habla de la conquista española de América y se menciona las inevitables violencias que se debieron realizar, se entiende perfectamente que no era posible una acción de ese tamaño sin modificar en nada el *status* existente. Es Orozco, el autor de los murales famosos de Méjico, y no acusable de hispanista precisamente, quien irónicamente acusa a los indigenistas mejicanos a ultranza:

«Según ellos la conquista no debía haber sido como fué. En lugar de mandar capitanes crueles y ambiciosos, España debió haber enviado una numerosa delegación de etnólogos, antropólogos, arqueólogos, ingenieros civiles..., enfermeras de la Cruz Roja..., críticos de arte, pintores de murales, eruditos de la historia. Al llegar a Veracruz desembarcar de las carabelas carros alegóricos enflorados y en uno de ellos Cortés y sus capitanes llevando sendas canastillas de azucenas y gran cantidad de flores, confeti y serpentinas para el camino a Tlaxcala y a la Gran Tenochtitlan.

»En lugar de aceptar los españoles los frecuentes regalos que les hacían las doncellas aztecas y toltecas, debían haber traído mozas guapas de Andalucía y Galicia para obsequiárselas a Monteczuma y a Cuauhtemoc... Enseñarles nuevas industrias y deportes, todo con muy buen modo, suave y cariñosamente. Sugerir muy respetuosa-

mente al gran Montezuma que estableciera la democracia en el pueblo, pero conservando los privilegios de la aristocracia para darle gusto a todos.»

Evidentemente que puede producirse otra conquista en la actualidad, bajando John William del *jet* en lugar de Cortés de la *nao*, pero debemos confiar que los pueblos americanos presenten algo más de oposición que a la conquista anterior. Es evidente el deseo norteamericano de revisar su política exterior con respecto al de Hispanoamérica, pero no debemos confiar que de esa revisión saldrán el mejor punto de vista para nuestros intereses, sino que debemos ilustrar a los Estados Unidos sobre nuestras necesidades y sobre todo reclamando con hechos un lugar de comando que puede perderse por la propia inercia de los hispanoamericanos. Verdaderamente el capitalismo crudo tiene muy duras leyes para los pueblos que domina con su imperialismo, pero también es cierto que la rudeza económica se suaviza por los planteos políticos. Conocer esta realidad y obrar en consecuencia haciendo lugar a los factores de equilibrio, es la tarea hispanoamericana.

Alianza para el Progreso es un acierto en cuanto mención de problemas y proposición de soluciones. Está en nuestras manos convertirlo en factor de progreso o de servilismo. Creo que ha llegado la hora de que los pueblos hispanoamericanos, o algunos de ellos por lo menos, se quiten la visión infantil de ignorar el estado interno que atraviesan o la no menos perniciosa espera de un príncipe encantado que aporte un *happy end* y luego se retire para contemplar su obra buena. Si verdaderamente son adultos no temerán recibir una ayuda que les beneficie y saber decir no a los elementos que les perjudique. No es a la Alianza para el Progreso lo que se teme sino a la acción posterior que los Estados Unidos puedan realizar. Evidentemente que esa nación es eso, una nación poderosa y decidida, no es de ninguna manera una institución asistencial o la Asociación de Damas de la Caridad. El contribuyente americano paga las tasas más altas del continente y las paga en verdad y sin escapatorias, luego exige de su Gobierno una serie de beneficios que él lógicamente espera. Parece ser que las naciones americanas han entendido razón de este tipo, porque no han manifestado oposición a la Alianza para el Progreso y hasta Cuba, en sus últimos momentos de vida comunitaria con los demás pueblos americanos, esperó ser también beneficiaria de este plan.

Alianza para el Progreso no es, en su enunciación, un coto de caza privado de los Estados Unidos. Este país no reclama el derecho de ser el único banquero del plan. Las naciones participantes solicitarán el apoyo de otros países exportadores de capital y de las instituciones competentes para otorgar ayuda, con el fin de lograr estos objetivos. Esta ayuda no se espera solamente de los

países tradicionalmente exportadores de capital que contribuyen a la financiación tanto pública como privada, sino que se espera, incluso, que los países hispanoamericanos que estén en mejores condiciones económicas individuales puedan también aportar su modesta ayuda.

Si las fuerzas de desarrollo son utilizadas para lograr el crecimiento de las naciones hispanoamericanas, o el acrecentamiento de los países que financien el plan, se deberá tanto al peso propio de las leyes económicas como a la madurez política de quienes reciban la ayuda. Ya hemos dicho que la dureza de las leyes económicas del capitalismo occidental se pueden neutralizar por los planteamientos políticos. Funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores del Brasil, con un gran sentido de realismo político, mencionaron en la última reunión de la O. E. A. a Cuba, como país «factor de equilibrio» de la política americana. ¿Es en este caso cierta o no tal denominación? No lo sé, pero es indudable que las necesidades políticas suavizan la dinámica propia de las leyes económicas.

Hemos hablado de que la diversidad de países y problemas de Hispanoamérica configuran, sin embargo, una categoría especial en economía, llamada: subdesarrollo. A pesar de la relatividad de este término, nos sirve para caracterizar a las naciones que distan grandemente de los países más evolucionados económicamente. Hispanoamérica se encuentra dentro del concepto de subdesarrollo, aunque las diferencias que existen entre países como Argentina y Méjico por un lado, y Haití y Paraguay por otro, sean bien evidentes. Subdesarrollo es un concepto complejo, que buen esfuerzo nos demandaría caracterizarlo en todas sus facetas. Sin embargo, los problemas básicos que encuentran las naciones de esta área pueden resumirse en tres grandes capítulos: mala distribución y baja productividad de la tierra, pobreza de capitales y elevado índice de analfabetismo. De ahí que en el discurso de 13 de marzo de 1961 el Presidente Kennedy hiciera mención a la urgencia de satisfacer las necesidades básicas de los pueblos americanos en lo que se refiere a «techo, trabajo y tierra, salud y escuela».

Analizaremos, en primer lugar, el problema referente a la baja productividad y mala distribución de la prosperidad agraria. La falta de una tecnología moderna repercute grandemente en la productividad. El Brasil y los Estados Unidos tienen estas significativas cifras de comparación: U. S. A. cuenta con el 20 por 100 de población agrícola brasileña y, sin embargo, siete veces y media más de producción. Un operario agrícola canadiense produce más o menos la misma cantidad de bienes que veinte operarios brasileños. Y claro está que esto no se debe a una superioridad racial o a una teología calvinista, sino mucho más simplemente y a la vez más complicado, a un grado más alto de eficiencia técnica. Al hablar de tecnología moderna se debe olvidar

la idea de que se trata del problema de sustituir caballos o bueyes por tractores. La tecnología agraria es, sin lugar a dudas, este aspecto, pero además el uso de la máquina para la siembra y la cosecha (que normalmente no se halla limitado por otra cosa que por los precios prohibitivos para nuestros agricultores), la adopción de semillas de *pedigree*, el control científico de plagas, los cultivos rotativos, los sembrados teniendo en cuenta la inclinación topográfica, la técnica agronómica, etc.

En un reciente estudio de la C. E. P. A. L. se afirma: «Recientes estudios (1956) en la Argentina demuestran que el sólo control adecuado de insectos, malezas y enfermedades del ganado permitiría aumentar la producción agropecuaria en un 20 por 100 (4). El aumento de la productividad agraria se logrará contando con la participación de la química, de la biología, de la meteorología, de una industria pesada metalúrgica agraria, pero junto con todo esto la voluntad decidida del más tradicionalista y simple de los agricultores.

El latifundio y el minifundio americanos son los grandes conspiradores que merman el caudal de sus producciones agrarias. En Hispanoamérica las extensiones de menos de 20 ha. representan el 72,6 por 100 de los propietarios y el 3,7 de superficie. En Canadá, por ejemplo, las extensiones mayores de 647 ha. representan el 34,4 por 100 de los propietarios, y el 1,1 por 100 de la superficie.

He mencionado Canadá, en donde se evidencia por estas estadísticas una más racional distribución de la propiedad agraria y le he mencionado anteriormente con respecto a la productividad de sus operarios agrícolas, y, sin embargo, W. W. Rostow, en el libro *Etapas del crecimiento económico*, si bien lo considera un país desarrollado, que recibió el recurso inicial en 1920, entiende, no obstante, que recién en 1945 alcanzó el grado de madurez. Otros autores consideran que para diferentes conceptos de subdesarrollo, el Canadá pertenecería a este tercer mundo. (Este punto de vista es sostenido por los que juzgan que países desarrollados son aquellos que, a la altura de la tecnología actual, han desarrollado las posibilidades físicas de sus respectivas geografías. Canadá con su escasa densidad de habitantes por kilómetro cuadrado, con su gigantesco tamaño, su potencial hidráulico a explotar, etc., nos brindaría una visión de país subdesarrollado; claro está que este equívoco nace del relativo del término subdesarrollo.)

En Hispanoamérica las propiedades de más de 1.000 ha. pertenecen al 1,4 por 100 de propietarios y tienen el 64,9 por 100 de la superficie. En buen romance significa que menos del 1,5 por 100 de los propietarios tienen

(4) *Estudios económicos para América latina*, pág. 211, nota 20.

bastante más de la mitad de las tierras trabajadas. La reforma agraria que se impone en estos países no supondrá un esfuerzo y una lucha menor que la que nos recuerda la Historia romana. Está en nuestras manos el realizarla científicamente por evolución, o esperar que un estallido revolucionario destruya los latifundios contribuyendo así a distribuir nuevamente la propiedad de la tierra.

En lo que respecta a la incapacidad de capitalización de este continente no puede considerarse que sea una situación crónica. Hispanoamérica conoció hace relativamente poco tiempo una edad dorada. Había terminado la segunda guerra mundial, y salvo un pequeño tributo humano, no puede decirse que ella le afectara; se había logrado una considerable acumulación de capital en oro y divisas fuertes, que pudieron ser más para países como Chile, si no le hubieran trabado leyes impuestas desde el exterior, los topes de sus precios máximos para sus productos primarios; en este caso el cobre. De todas formas, terminada la contienda y aprovechando los altos precios de exportación, así como las mencionadas reservas y las demandas europeas, se plantea un favorable comercio con un crecimiento del ingreso real por persona hasta del 5 por 100 anual, anotándose la Argentina con un índice del 3 por 100 anual, cifra que dejaba muy atrás el estallido demográfico, que es una de las cargas explosivas colocadas en la base económica de este continente.

El auge circunstancial tenía que terminar, cosa que todos sabían, aunque ciertamente no lo esperaban tan pronto, cuando se operara la recuperación europea. El milagro alemán, el milagro italiano, la recuperación francesa, marcaban, por las leyes intrínsecas a la economía de Occidente, el decaimiento de la economía de los países centro-productores de materias primas. El resultado fué el decrecimiento del producto *per capita* en forma vertical y simultánea para todos los países americanos, que bajó a un promedio del 1,5 por 100 cuando no se redujo más todavía, poniendo una nota dramática al quedar por debajo del crecimiento demográfico.

Al drenaje de divisas que sufría América por esta razón había que sumarle el interés casi exclusivo que tuvieron los Estados Unidos para capitalizar Europa y tornando aún más sombría la caída, la escandalosa propensión de los capitalistas americanos hacia los consumos suntuarios. No se trata solamente de los 300.000 dólares que le costó a «Papá Matarazzo» el casamiento de su hija, ni los candelabros de oro mandados a realizar por un cubano para una sola fiesta, que cita Alberto Baltra Cortés en el libro *El crecimiento económico de la América Latina*. Estas páginas serían despreciables por los montos, como son despreciables por su contenido social, sino fuese nada más.

Si se atiende a la forma en que la clase propietaria distribuye su ingreso bruto, utilidades, intereses y rentas, entre las diversas categorías de gastos,

resulta, dice Kaldor, que en Chile consume el 64 por 100, ahorra el 21 por 100 y paga en impuestos el 14,7 por 100; la misma clase en Inglaterra consume el 30,5 por 100, ahorra el 27,4 por 100 y paga en impuestos el 42 por 100 (5).

Se impone entonces un control social que debe ejercitarse apelando sobre todo a una política fiscal que capte una mayor proporción de los ingresos, que ahora se despilfarran en consumos suntuarios. Esta nueva política fiscal debe ir acompañada de un más eficiente sistema de recaudación para evitar que la Ley sea burlada por el funcionario encargado de aplicarla, o por el contribuyente. En más de algún país hispanoamericano, pobre en capital, se ha dicho: «las sumas de dinero que sus ciudadanos ricos gastaron en París durante los últimos cincuenta años habrían bastado para dotarlo de un moderno sistema de transportes y de una bien equipada economía industrial (6).

En lo que respecta al problema educacional, debemos hacer una observación previa. En primer lugar, si bien disminuyen los porcentajes relativos de analfabetos, su número en bruto, sin embargo, aumenta. Pero estos mismos porcentajes son de poco fiar, porque, como lo reconoce el informe de la U. N. E. S. C. O, muchas veces es engañado el oficial censista por no atreverse el interrogado a confesar su analfabetismo. La falta de cifras actuales y la relatividad del término analfabeto, por paradójico que resulte (el informe mencionado sugiere que se considere letrado al hombre que tenga un mínimo de tres años de práctica en la lectura y la escritura), torna dificultoso el establecer un plan general de educación en la escala continental; no obstante, sacando una media docena de naciones americanas, puede decirse que de polo a polo es angustioso el problema del analfabetismo. Se cuentan por millones los niños y adultos que no han ido nunca a la escuela y, lo que es peor aún, que por vida no podrán ir, porque en el más rápido y audaz de los planes educacionales, no les alcanzará en su promedio de vida. Quien dice analfabetismo expresa el primer escalón de un planteamiento educacional que sólo termina cuando no queda en la nación ningún ciudadano con aptitudes intelectuales que no las pueda desarrollar por falta de medios económicos propios o estatales. Científicos, pensadores, artistas, hombres de letras etc., quedan abortados en niños famélicos de pueblos pobres.

Estos tres problemas apenas soslayados no configuran todo el mundo de su desarrollo. Los problemas sanitarios, de viviendas, demográficos, de indus-

(5) Citado por ALBERTO BALTRA CORTÉS: *El crecimiento económico de América Latina*, pág. 170.

(6) FRANK W. FETTER: *The need for postwar foreign lending - Papers and Proceedings, Fifty-fifth Annual meeting of the American Economic Association*. March 1943: pág. 343.

trialización, etc., son grandes preocupaciones que en muy apretada malla se trenzan con los anunciados, constituyendo ese todo relativo que hemos llamado subdesarrollo, tan difícil de descubrir y tan fácil de reconocer cuando nos encontramos con él.

Para lograr el desarrollo por todos deseado, será necesario montar una muy completa campaña que cuente a su favor con todas las fuerzas capaces de colaborar. Podríamos decir que se precisa despertar en el pueblo una nueva frontera de emociones a su servicio. Será necesario poner en marcha una verdadera psicotecnia. ¿En qué principios podemos inspirarnos dentro de este camino? En primer lugar con el conocimiento de la realidad existente y la medida exacta que falta recorrer para alcanzar a los países desarrollados; con un profundo estudio de las experiencias realizadas en Occidente y fuera de él. En las experiencias de la Unión Soviética, de Europa, de los Estados Unidos, del Japón, de China, etc., para aprovechar de ellas los principios generales y las soluciones concretas que puedan adaptarse a la idiosincracia americana. No podrá ser ajeno a este movimiento la fuerza política ni el factor religioso. Esta última enumeración puede parecer audaz, sin embargo, está muy analizada la relación que existe entre la Teología calvinista y el capitalismo de la revolución industrial inglesa; la relación del resurgimiento japonés de 1875 y la relación religiosa entre los samurais y las trabas que a los planes del desarrollo de la India le oponía el duro sistema de las castas brahmánicas. En este aspecto fué muy inteligente la medida de Gandhi de tratar de destruir en su base el sistema de castas, y, aunque él hilaba a mano y no comulgaba íntimamente con el industrialismo, sin embargo, posteriormente se pudo aprovechar su esfuerzo para hacer correr más ágilmente sobre una sociedad sin excusas sociales, los planes de desarrollo. Se necesita despertar una sociedad sumergida ante esta tarea colosal, no puede quedar sector de la misma ajeno al movimiento. Pero aparte de la propia autoayuda, se toman imprescindibles cuantiosos capitales de los que habrá que disponer. Los Estados Unidos proponen entregar unos 20.000 millones de dólares en los próximos diez años. «Desde el plan Marshall no se había lanzado un grupo de naciones occidentales a un programa de desarrollo regional orientado por un organismo también regional, solucionado en gran parte por las mismas naciones en desarrollo» (7). De esa fabulosa cifra han sido ya comprometidos 800 millones del total de más de 1.000 millones de dólares que se prometieron para el plazo que venció el 13 de marzo. No podemos asegurar si el Congreso de los Estados Unidos apoyará este Plan entregando el capital que es preciso: si así no fuese, se habría perdido la última gran oportunidad y se habría quemado una

(7) KENNEDY, 29 de noviembre de 1961.

gran esperanza que, tal vez los pueblos hispanoamericanos han depositado con no mucha confianza en los Estados Unidos.

Si las naciones hispanoamericanas no consiguen llegar al desarrollo, no se verán perjudicadas solamente ellas, sino que la causa de Occidente mismo se verá debilitada. Para la lucha ideológica que estamos viviendo debemos pensar si nos conviene contar con aliados débiles o poderosos. Los Estados Unidos de Norteamérica y los Estados Unidos de Europa deben meditar sobre la conveniencia de que doscientos millones de personas se presentan sociológicamente como caldo de cultivo de cualquier extremismo, que les prometa en pocos años lo que no han alcanzado en los ciento cincuenta años de vida políticamente independiente que lleva (una independencia política relativa que nace de una economía prestada). El bloque comunista agita una pancarta que resulta muy llamativa para los pueblos subdesarrollados. Ella es el innegable salto dado por la Unión Soviética y por la China continental. Es evidente que el marxismo, su dialéctica y su propaganda pueden ser desarmadas, por tratarse de un atractivo error; «intrínsecamente perverso» en las palabras de Pío XI. Pero para desarticular esta trampa es preciso tener cierta cultura, estar alimentado, encontrarse en la propia sociedad sin conflictos ni resentimientos, etc. Es decir, vivir en una sociedad desarrollada.

La O. E. A., la C. E. P. A. L. y el B. I. D., tendrán a su cargo disponer en los países interesados de expertos en planificaciones que sean precisos. Para poner en marcha el plan anunciado se ha establecido un Consejo Interamericano, Económico y Social, que será el corazón del plan. La dimensión continental de Alianza para el Progreso tiene en cuenta los diferentes programas de desarrollo que elaboran los países hispanoamericanos. En aquéllos en que aún no se encuentran elaborados, promueven el estudio y la realización como cooperación técnica, tratando de lograr metas compatibles de aumento de la capacidad productiva de la industria, agricultura, minería, transportes, energía y comunicaciones, como así también el mejoramiento de las condiciones en las zonas urbanas y rurales; coadyuva en este esfuerzo la integración económica latinoamericana —Tratado de Montevideo— y el Tratado General de Integración Económica Centroamericana.

Las dos grandes incógnitas a despejar son las siguientes: ¿Aportará los Estados Unidos el capital prometido y las élites hispanoamericanas sabrán romper la estructura feudal y sus intereses provincianos? Fundamentalmente de estas dos cuestiones pende Alianza para el Progreso y por encima de este llamativo rótulo la auténtica posibilidad de ser hombres libres en millones de kilómetros cuadrados.

HUGO MARTÍNEZ VIADEMONTÉ

